

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Pequeños y pobres - predilectos de Dios

En el último Concilio, la Iglesia de nuestro tiempo se definió a sí misma, solemnemente, como “la Iglesia de los pobres”. ¿Por qué? Simplemente porque la Iglesia no puede traicionar a los suyos, a los de su mismo origen.

La Iglesia quiere intervenir en favor de los pequeños, de los pobres, porque ante cada uno de ellos el cristiano debería decirse: este hombre me recuerda a mi Dios, el sencillo carpintero de Nazaret; esta mujer me recuerda a María, mi humilde Madre.

Cristo escogió voluntariamente nacer entre los pobres, porque venía a anunciarles la Buena Nueva del Evangelio: que Dios tiene un corazón de Padre que ama con predilección a los pequeños, a los sencillos, a los pobres.

El Dios del Evangelio es el Dios de los pobres, y es María la primera que lo anuncia en su hermoso canto del Magnificat: *“Mi alma canta la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador, porque Él miró con bondad la pequeñez de su servidora... Él derribó del trono a los poderosos y elevó a los humildes; colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías”* (Lc 1, 48ss.).

La Iglesia de hoy quiere ser una Iglesia de los pobres porque quiere renovarse en el espíritu de Jesús y de María. Cada vez que se la ha acusado de comprometerse con el dinero de los poderosos, ha sido porque ha traicionado a su Madre, porque ha desfigurado a Cristo, nacido por Ella en un pobre hogar de carpintero.

Dios ama con predilección a los pobres porque sufren. Todo padre quiere que sus hijos sean felices y por eso se preocupa especialmente de aquellos que no lo son. *“Venid a mí todos los que estáis afligidos y agobiados, y yo os aliviaré”*.

Cristo vino a anunciar a los pobres, que Dios quiere liberarlos de su miseria, para que gocen plenamente de las riquezas que el Padre ha creado para ellos. Dentro de estas riquezas está también el bienestar económico: Dios quiere que todos los hombres lleven una vida digna de su condición de hijos suyos.

Dios ama con predilección a los pequeños porque tienen un corazón abierto. La principal riqueza que Dios quiere comunicarnos es su vida de amor. Y el amor no se recibe con las manos, sino únicamente si se tiene un corazón abierto, un alma de niño. Éste es un rasgo típico de los pobres, y por eso Dios los ama. Porque no están apegados a muchas cosas materiales, los pobres se sienten vacíos y pueden abrirse con facilidad al amor de Dios y de los demás.

En nuestro tiempo va creciendo la conciencia de la solidaridad con los pequeños, los necesitados, los pobres. Y más nosotros, como cristianos, tenemos que comprometernos en esta lucha por los que son del mismo origen de nuestro Dios y de nuestra Madre celestial. Pero tenemos que hacer nuestro aporte propio: tenemos que dar alma a esta lucha.

Y esto, porque los cristianos queremos que nuestro país, además de vencer sus problemas económicos, conserve una sencilla alma de pobre, un corazón abierto a la mayor de las riquezas: el amor.

Deseamos que todos tengan bienestar, pero sabemos que las riquezas corrompen a los pueblos, que traen materialismo e individualismo, que destruyen las familias. Así lo prueba la historia.

Los cristianos tenemos que salvar a nuestros hermanos del peligro de la pobreza, pero, al mismo tiempo, salvar su alma y su corazón del peligro de las riquezas y del materialismo.

Queridos hermanos, pidamos a Dios y a la Sma. Virgen que nos ayuden a tener ese espíritu de sencillez, a convertir nuestra Iglesia en una verdadera Iglesia de los pequeños y pobres: una Iglesia que sepa comprometerse por los sencillos y necesitados, pero sin sembrar odio ni división; una Iglesia que sea capaz de ser alma del país, infundiéndonos ese corazón abierto al amor y a la solidaridad que tenían nuestro Señor y nuestra Madre, la Sma. Virgen María.

Si desea suscribirse, comentar el texto o dar su testimonio, escriba a: pn.reflexiones@gmail.com